

# Capítulo 16 - - Luces pálidas

El trabajo de campo duró aproximadamente una hora y media.

Algunas partes consistían en recorrer callejones y vigilar el lugar sin parecer sospechoso, pero el verdadero esfuerzo era imaginar cómo todo podía salir mal. La mitad del tiempo dedicado a idear un plan, según lo que le había enseñado su abuela, debía destinarse a pensar en cómo escapar cuando las cosas se complicaran. Lamentablemente, ya no se trataba solo de tontos pandilleros: a diferencia de las raras patrullas de la Guardia en el Manto, la guarnición local no pasaría de largo si topaban con un delito que parecía demasiado problemático de manejar.

No que un plan necesitase causa enemiga para salir mal: la ambición era tan enemiga como el adversario. La clave, había llegado a creer, era mantenerlo lo más sencillo posible. Tener un objetivo claro, luego tener en cuenta todo lo que conocías y dejar un pequeño margen para lo desconocido. Demasiados elementos en movimiento no conducen a un engranaje, sino a un desastre, y la suerte es tan caprichosa como Fortuna. Era mejor concentrarse en una sola debilidad, insertando ese cuchillo lo más profundo posible y explotando la ventaja al máximo.

En este caso, la debilidad era que Tristan sabía dónde vivía el Capitán Wen Duan.

Había sido necesario que el hombre le revelara la información a Song para que ella pudiera transmitir las decisiones de la Decimotercera sobre las asignaturas optativas, y la cautela había llevado al ladrón a aprenderlo por sí mismo. Desde entonces, Tristan se había asegurado de que fuera una casa y no una oficina, y había explorado el terreno. La vivienda de un piso quedaba justo más allá de la calle Templeward, cerca de su final, en una calle mayormente desierta. Nadie vivía a ambos lados de Wen. Pensaban que su patrón había llegado tarde a Tolomontera para conseguir una de esas casas elegantes en lo que los soldados llamaban el 'Triángulo': la zona más exclusiva del Puerto Allazei, delimitada por Regnant, Templeward y Hostel.

¿Primer problema? Wen parecía vivir con el Sargento Mandisa. No solo porque la sargenta, alta y con aspecto de ser peligrosa, fuera difícil de leer. Tristan conocía algunos de los desencadenantes de la ira y la felicidad de Wen Duan, podía manejar esos hilos si se esforzaba, pero la Sargento Mandisa, ¿qué sabía él de ella? No lograba entender qué la movía, qué la hacía avanzar o detenerse. Podía hacer conjeturas, pero ellas eran demasiado frágiles. Era mejor que ella quedara fuera del radar en cómo se desarrollaban las cosas si quería tener alguna oportunidad.

Luego, reducir el tiempo a la mitad y ser dos veces más cauteloso. Solo por si acaso.

A continuación, conseguirá las provisiones. Comprar en ese momento dejaría rastro, en la memoria del vendedor si no en sus registros, así que Tristan optó por robar. Era tan sencillo como esperar a que otro vigilante entrara en la tienda correcta en Regnant Street, adelantar el paso y comprar una manzana en la verdulería, luego coger un frasco al salir. Con calma, casi con lentitud. Ese tipo de movimientos que no hacían que el verdulero apartara la vista de su otro cliente hasta que él ya

hubiera desaparecido.

Escogió el callejón, la casa y el lugar para esconder los objetos. Escribió la nota en el papel, la sopló para secarla. Quien lo buscara, intentaría llegar por la parte trasera, pensó, porque esperaba que fuera sigiloso. No era una certeza absoluta, nunca lo era, pero confiaba en sus probabilidades. Ellos lo buscarían, deseando lo que significaba tener su cabeza en una pica. Sí, seguramente irían por la parte trasera.

Después de eso, la mayor parte de lo que quedaba eran sobornos.

Para abrirse paso, encontró a un gamín. Port Allazei tenía una notable escasez de estos en un pueblo portuario, pero siempre había unos pocos si sabías dónde buscar. Una niña delgada, de cabello claro y piel pálida, rondaba por la zona de Templeward donde había casas de té, y de vez en cuando, algún producto recién horneado, insuficientemente vigilado. En cuanto se acercó, ella frunció el ceño.

—No voy a ir a la escuela —le dijo con firmeza—. No me importa lo que diga mamá, allí nos enseñan cosas de triángulos.

Su voz transmitía claramente que eso era un destino peor que la muerte.

—Estoy de acuerdo con ella —murmuró Fortuna, apoyándose en su hombro—. Ellos parecen más arrogantes que los cuadrados, y ni siquiera tienen tantos lados.

Tristán se forzó a no intervenir, y en cambio miró a la niña con atención.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y a ti qué te importa? —lo desafió.

—Te llamaré Nina —amenazó con tono burlón.

Hubo una pausa.

—Arabella —admitió con rezongos la niña.

—Arabella —dijo él—. Te daré una cobre si me esperas en la parte baja de Templeward durante...—

Sacó su reloj, calculó el tiempo de ida y vuelta.

—Veinte minutos —dijo—. Luego volveré y te daré otra cobre si le entregas un papel a alguien o si te olvidas de esto por completo.

Arabella lo observó, con una mirada astuta y traviesa en sus ojos castaños.

—Lo haré por tu reloj —dijo.

—Dos cobres ahora —dijo Tristán—. Un tercero si le entregas el papel.

—Hecho —contestó apresuradamente.

El ladrón se pasó una mano por la nariz. No, eso simplemente no funcionaba.

—Así no se hace —refunfuñó Tristán, dándose cuenta de que su voz había adoptado un tono del Sacromonte—. Lo intentaste demasiado alto y luego te rendiste enseguida. Lo que debes hacer es subir un poco más —cinco o seis cobres en lugar de dos— y dejar que te regateen hasta cuatro. Si solo oscilas entre cobre y oro, nunca llegarás a plata.

Arabella lo miró entrecerrando los ojos.

—Seis cobres —probaron.

—Me gusta su espíritu —comentó Fortuna—. Deberías pagarle.

Se rió tanto de ambas propuestas.

—Ya te he pagado con una lección valiosa —dijo Tristán—. Nuestras condiciones se mantienen.

—Por un cobre más, lanzaré estiércol a la puerta de alguien —ofreció con entusiasmo Arabella.

Él se acarició la barbilla.

—Quizá lo cambie por eso más tarde —admitió el ladrón—. Pero no hoy. ¿Trato hecho?

—Trato —asintieron.

Chocaron las manos, y la pequeña girl estrechó solemnemente la suya. La separación fue rápida y cordial, dejándolo listo para gestionar un soborno que no sería ni por asomo tan merecido como la esperanza de avanzar hacia los muelles. No estaba lejos y él conocía el camino. La casa de detención no era en realidad una prisión, a pesar de las insistencias de Maryam. Tristan había visto cárceles, y las sillas no eran ni mucho menos tan cómodas.

Tampoco solían serlo mucho más las torturas.

Entrar era tan sencillo como tocar la puerta y mostrar su placa de la brigada. Afortunadamente, era aún temprano y el hombre que buscaba seguía allí. El sargento Itzcuin Hotl pasó la segunda mitad de su detención con él, tras enviarlo allí después de su pequeña excursión por la Casa de las Brujas, y parecía contento de verlo de nuevo —como debía—, considerando cuánto Tristan había perdido en las cartas. El ladrón fue rápidamente conducido a una habitación desierta.

Por supuesto, sospechaba que esas partidas de cartas no eran la única razón detrás de su entusiasmo. Incluso se podría decir que él había apostado a ello.

—"Necesito un favor", dijo Tristan con una sonrisa conquistadora.

El sargento Hotl levantó una ceja, por lo que el ladrón respondió de manera sencilla, metiendo la mano en su abrigo y colocando sobre la mesa doce radices de cobre, extendiéndolas con suavidad en una línea. La ceja del policía se alzó aún más.

—"Tienes mi atención", dijo el sargento.

—"Por un malentendido desafortunado, mi visita aquí será interpretada como que estoy bajo arresto, y se enviará un mensaje al capitán Wen para que venga a buscarme", explicó Tristan.

El sargento izcalli meditó esa información por un momento.

—"Plata pura", finalmente respondió. "Si se queja, eso podría dejar una marca en mi expediente."

El ladrón probablemente le estaban vendiendo una historia, pero él no estaba en posición de debatir. Y, en realidad, ni siquiera tenía mucho tiempo para negociar. Los cobre se resbalaron de su mano y se guardaron en una bolsa, reemplazados por un solo arbol de plata que el sargento arrebató de inmediato.

—"Un placer hacer negocios contigo, Abrascal", sonrió el sargento Hotl. "Enviaré a un mensajero en cuanto salgáis."

Tristan inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se retiró. En vez de apresurarse de regreso, sin embargo, se refugió en un callejón al otro lado de la calle y permaneció en las sombras. Con los ojos en la única puerta que daba entrada o salida de la casa de detención, esperó. Un tipo con capa negra salió, ágil y rápido.

No se dirigió hacia la casa del capitán Wen. El segundo con capa negra, que salió un minuto después, sí lo hizo.

—"¿Por qué estás sonriendo?", preguntó Fortuna, inclinándose.

—"Porque adiviné bien", dijo Tristan. "Y Arabella al final va a hacer ese último cobre."

--

Bajaron por las escaleras que giraban, sosteniendo una vela en sus manos.

Cada celda de la Abadía tenía un número pintado en la puerta, que correspondía a la cabala del estudiante destinado a ella. Maryam se esforzó, incluso entre su creciente miedo, por mantener la mirada en los que iban adelante. La mayoría de las primeras doce brigadas de Scholomance tenían un señalizador entre ellos. Ella vigilaba los números que recordaba de otros lugares: la Tercera tenía uno, un chico someshwari medio dormido, y esa chica frunciendo el ceño de la cabal de Tupoc cerró su propia celda con rudeza. La Novena, esos cabrones, también tenía uno— aunque la capucha evitaba que Maryam aprendiera algo más que que eran altos.

Pronto, Maryam abrió su propia puerta, dejando la vela en una pequeña alcoba tallada en la pared antes de cerrarla tras ella.

Celda, pensó, era una buena palabra para una habitación así. La puerta sólo podía cerrarse con llave desde dentro, pero las paredes desoladas parecían castigo propio de un prisionero. Piedra desnuda por todas partes, salvo por una estera de paja trenzada pintada en un verde desvaído, en la que presumiblemente se suponía que debía sentarse. No había nada a su alrededor y, una vez que su mirada dejó de evitarlas, Maryam contempló el Vacío que tenía delante. No había cuarta pared, solo una ausencia que revelaba el abismo de la oscuridad infinita.

Con cuidado, envió su nav, el homúnculo del alma que exploraba la celda, y descubrió que el éter aquí era casi forzosamente quieto. No había corrientes en absoluto, nada que moviera las aguas, aunque la distancia que los separaba de un agujero en el mundo era solo unos pies. Nada de esto era natural—alguien, algo, mantenía el éter en calma. Retiró su nav, reacia a arriesgarse a enviarlo por mucho tiempo en un lugar así.

La Izvorica se sentó en la estera, que apenas resultaba incómoda, y cruzó las piernas. ¿Cuánto tiempo faltaba para que llegara el profesor? No suficiente, pensó ella. Comenzaría desde la primera celda y seguiría bajando, por lo que había muy pocas antes de que resonara el golpe en su puerta.

Maryam debería haber aprovechado ese tiempo para explorar las virtudes de la Abadía, cómo podrían ayudarle en su aprendizaje, pero en lugar de ello mordió su labio y se quedó allí, temerosa del golpe que estaba por llegar. Fue casi un alivio cuando finalmente sonó, un suave golpe de nudillos en la puerta de hierro forjado. Murmuró que el profesor entrara y, después de que el alto hombre como un espantapájaros cerró la puerta, aclaró su garganta.

—No veo la necesidad de usar el Laberinto de Kuru —dijo Maryam—. Tengo un entendimiento suficiente de dónde me encuentro respecto a las Medidas.

El profesor Baltasar levantó una ceja en señal de incredulidad.

—Lamentablemente —respondió—, para ti no es una opción.

Ella apretó los dientes. Estaba preparada para ser interrogada, pero no para ser rechazada de inmediato.

—Has despertado el interés del Capitán Yue —dijo el anciano—. Este es solo el primero de varias mediciones que querrá que realices.

La mandíbula de Maryam se tensó.

-No me inscribí en Scholomance para convertirme en una coba de experimentación —replicó con dureza—. ¿Quién es la Capitana Yue para que deba satisfacer su curiosidad?

—Ella no puede obligarte si te niegas —reconoció el profesor Baltasar—. Pero, como el líder del Akelarre en la isla, puede hacerte la vida muy difícil si le apetece.

Hizo una pausa.

—A menos que tengas una razón de peso para no hacerlo, Maryam, yo te aconsejaría usar el Laberinto y aceptar esta prueba. Conceder algunos favores desde el principio hará que parezca severa si te castiga por negarte más adelante —querrá evitar esa percepción.

Maryam casi maldijo. ¿Dejaría esa opción de lado igual? No, eso era orgullo y miedo a la vergüenza. Seguramente el profesor Baltasar no la expulsaría simplemente por sus resultados. En realidad, admitió de mala gana, podría necesitar esa ayuda.

—Está bien —musitó con esfuerzo, la rabia aún quemándole en la garganta.

El profesor Baltasar le entregó el disco de piedra, que ella inspeccionó minuciosamente mientras él comenzaba a explicarle cómo debía usarse. El laberinto no era más que surcos en la piedra, pero había algo en el patrón... se sentía sólido en sus pensamientos, aún más que la misma piedra en la que estaba tallado.

—Coloca los pulgares en el costado del disco —indicó el profesor—. Luego, debes apoderarte tanto del Gloam como puedas y verterlo en la piedra; se dispersará desde la muesca en el centro, comenzará a extenderse en todas direcciones.

Maryam respiró profundamente, comenzó a agudizar su mente mientras colocaba sus manos en la posición indicada.

—En lugar de permitir que se expanda libremente, debes contener el centro y luego ordenar a un tentáculo que siga el laberinto, siempre girando a la izquierda. Cuanto más avances, más difícil será controlar el Gloam.

Entró en un estado de concentración, dejando que las distracciones se desvanecieran.

—Los resultados medibles del Laberinto de Kuru se limitan a una Agarre de diez y a un Mando de quince —continuó el profesor Baltasar—. No puede sostener poderes mayores, por lo que tiene un valor marginal para los signatarios más viejos.

Maryam concentró su esencia, la templó y buscó en su interior el Gloam. La oscuridad que llevaba en sí.

“Comienza.”

Era como respirar con pulmones infinitos.

Maryam absorbió la penumbra, permitiéndole atravesarla, sin necesidad de sostener su nave como una mano ni trazar un Signo que deba ser llenado. En cambio, vertió esa fría negrura en la losa de piedra, ensanchando los canales en su interior hasta que la corriente llenó por completo su ser—y casi gruñó contra los lados, apretando y doliendo. “Yo soy el lecho del río”, recitó. “Vivo en el paso, actúo en el silencio.” La Gloam turbulenta vertía desde la muesca en el corazón del laberinto, estable en lugar de volátil.

Y era como si la Gloam fluyera, fluye, fluye.

Maryam tomó con firmeza su nave, trató de guiarla hacia la izquierda, pero era lo mismo que sacar un cubo de las mareas y llamarlo río. Como un mar de tinta, la Gloam se extendía sin medida en cada giro del Laberinto Kuru, rompiendo la simetría diseñada para frenarla. Solo cuando estuvo cerca del borde, se ralentizó, parando a una abreviatura de un dedo de la superficie de la piedra. No pudo moverla más allá.

“Libere su agarre,” dijo el profesor Baltasar, con tono imperturbable.

Ella lo hizo, poco a poco, y la Gloam se retiró. Maryam entregó al profesor la losa, incapaz de sostenerle la mirada.

“Nos atamos con Nueve Agarre, una Orden,” dijo él después de un momento. “Quizá dos. Es difícil de evaluar.”

El profesor Baltasar empezó a hablar, luego se detuvo. Pasó un instante, y aclaró su garganta.

“Esto es absurdo,” afirmó finalmente. “Esa brecha es demasiado grande, deberías estar muerta hace tiempo.”

“Soy consciente,” respondió Maryam con rigidez.

Una brecha tan grande entre las Dos Medidas casi siempre terminaba con la muerte del portador del signo. Por su propia aflicción—fuerte en el Agarre y débil en la Orden—la razón era bastante comprensible. Una bruja de Gloam que profundizaba demasiado en poderes fuera de su control, es la base de muchas historias por una razón. Sin embargo, en principio, un Orden fuerte y un Agarre débil no deberían ser letales. ¿Cómo puede ser un exceso de control un peligro?

En la práctica, sin embargo, los resultados eran ráfagas de oscuridad descontrolada, ya que el portador del signo intentaba extraer poder que no existía. El capitán Totec le había dicho que, según los registros del Gremio de Akelarre, los casos limítrofes inclinados hacia el Orden morían más que los inclinados hacia el Agarre, porque tendían a creer que tenían el control, incluso cuando no lo tenían. Sin embargo, eso solo ocurría en casos límite, en un equilibrio quizás de siete a tres.

La relación nueve a uno de Maryam constituía una condena efectiva a muerte.

El profesor Baltasar la observaba, como si una expresión cada vez más severa en su rostro pudiera grabar respuestas en su frente para que él las interpretara. Después de un instante, suspiró y acarició su barba.

“Tu lucha se da con todo, menos con los Signos Autárquicos,” dijo.

Su declaración llevaba una entonación, la pregunta no verbal de si esto era mentira, pero Maryam asintió. Era la verdad, y la expresión de desconcierto en su rostro era plenamente comprensible. Entre todos los Signos, los Autárquicos eran los más frágiles. Requerían precisión y un tacto delicado.

“No deberías siquiera poder respirar en su dirección sin destruirlo,” añadió el profesor Baltasar. “Hasta un Signo de memoria simple, en tu nivel de Orden, debería cocinarte las entrañas como a un huevo duro.”

Era una imagen lo bastante vívida que ella hizo una mueca.

“Mi maestra,” afirmó, “cree que eso proviene de cómo oscurecí mi cerebro antes de la pubertad.”

“Eso es otra condena a muerte,” comentó Baltasar. “Por lo general, claro. ¿Entiendo que realizaste tu primera obscuración antes de que la Guild te tomara en su seno?”

Maryam asintió con un gesto comprensivo.

“Las prácticas tradicionales a veces pueden limitar el potencial de una persona como señaladora,” comentó. “Existen razones para nuestras costumbres.”

Mi madre podría haber reducido al Capitán Totec a un simple tallo, pensó Maryam, y ella pasó por el mismo rito que yo. No, si había alguna falla, residía en ella misma.

“¿Vas a despedirme?” preguntó, mirando hacia el suelo.

Un largo silencio, seguido de un suspiro.

“Lo haría,” afirmó el profesor Baltasar con sinceridad, “pero no tengo esa autoridad.”

Ella levantó la vista hacia el hombre delgado, atreviéndose a esperar ayuda, aunque la simpatía anterior ya se había disipado.

“Estoy aquí, Maryam, para guiar lo que debe convertirse en la élite de la juventud de Akelarre,” dijo Baltasar. “Salvo cambios drásticos en las circunstancias, es poco probable que alguna vez seas parte de ella.”

Ella tragó saliva. Ninguna mentira le había sido dirigida tan directamente. Sentía que aquello le quemaba dos veces más.

“No me vas a ayudar,” afirmó con firmeza.

“Solo te brindaré lo que merece tu condición de alumna,” dijo el profesor Baltasar, “pero nada más. Solo tengo unas pocas horas disponibles, y, siendo franco, sería mejor que esas horas se emplearan en otros asuntos.”

Maryam contuvo el impulso de esquivar, pero la emoción la atravesó sin piedad. El profesor guardó en sus ropajes el Laberinto de Kuru.

“¿Qué se supone que debo hacer?” preguntó en voz baja. “¿Qué se espera que diga?”

Con la mano en el mango, el profesor vaciló un instante antes de girarse para encontrarle la mirada.

"Te di un consejo el día que nos conocimos, acerca de no interesarte demasiado en el Capitán Yue," añadió Baltasar.

Hizo una mueca.

"Quizá sea mejor que ignores ese consejo después de todo."

Cerró la puerta tras de sí, el sonido del hierro contra la piedra resonando como una campana. Maryam quedó allí, atónita y sola, en la tenue luz de la vela que menguaba. Por largo rato permaneció inmóvil, mientras la luz se difuminaba, parpadeaba y sus pensamientos giraban en torno, como buitres. Su madre le había dicho una vez que las decisiones solo se vuelven difíciles por el estiércol de la mente, todos los apegos del mundo manchando la pura verdad que reside en su interior. Podían ser simplificadas nuevamente con solo lanzar una moneda y preguntarse: ¿Qué resultado no puedes soportar? La otra cara, por amarga que sea, siempre será el camino a seguir.

Así, en su mente, Maryam hizo girar la moneda, la observó dar vueltas y se planteó la pregunta.

El camino que vislumbraba no era agradable. Sería... difícil en más de un sentido. Maryam no ignoraba que tenía un temperamento fuerte. Pero aun así se levantó, alzó su capa de don y la sacudió con firmeza. No estaba dispuesta a entregar las pocas comodidades que había conseguido transformar del mundo; por eso, la respuesta era clara.

Maryam buscaría al Capitán Yue y negociarían un acuerdo.

--

La mitad de la clase se levantó en un instante, con la rapidez de quien ve su recompensa en llamas.

En cambio, Song se incorporó tranquilamente, enfrentando la mayor parte de la pared con la mirada fija. Parpadeó una vez y exhaló lentamente. La cantidad de detalles era... Recordó, con calma, que todos los recompensas estaban en Antigua y se dividían en cinco pequeños tableros. El más pequeño y vacío, que descartó de inmediato, contenía recompensas establecidas por los estudiantes. Un tablero se dedicaba a recompensas por pacto, otro a las establecidas por los profesores, y el más grande de todos a "recompensas generales". El último, que parecía repetir las mismas cinco hojas una y otra vez, mostraba "pruebas".

"¿Canción?" preguntó Ferranda, de pie junto a ella.

Una aliada confiable, decidió, podía recibir un favor de vez en cuando.

"Segunda tablilla desde la izquierda, cerca de la parte inferior," le indicó Song. "Hay recompensas por cazar Skiritai con un pago decente que requiere solo tres cadáveres de lemures."

Y con Shalini en su cábala, Ferranda Villazur encontraría sumamente fácil atraer lemures a terrenos atrapados.

La mirada plateada de Tianxi nunca se apartó de las tablillas, habiendo destacado un detalle interesante: las recompensas del pacto, las pruebas, y aproximadamente la mitad de las recompensas generales parecían ofrecer una ganancia en 'puntos' además del oro. Nunca más de seis puntos — siendo la mayor la 'Prueba de la Noche' — pero le resultaba difícil encontrar un hilo conductor que uniera esas recompensas. Habría querido usar otra vez su truco de la mirada, pero ahora había tantos estudiantes en su camino que no valía la pena.

En cambio, Song se dirigió a la tablilla más a la derecha. Las pruebas solo estaban descritas de manera muy general, pero dado cuántas veces habían sido colgadas, probablemente las cabalas tendrían que enfrentarse a ellas en algún momento del año. ¿Por qué no adelantarse? Si el Decimotercero salía bien, sería información valiosa para intercambiar.

La Tianxi dejó a un lado todas las consideraciones sobre las tres últimas, que ofrecían recompensas muy altas pero también parecían peligrosas para las cuales el Decimotercero no estaba preparado. Las primeras dos, sin embargo, tenían potencial. La Prueba de los Espejos se describía como una 'prueba de intuición y confianza' y la Prueba de la Contienda como una 'prueba para superar la debilidad personal'. Para obtener esa recompensa, toda la cabal debía participar en la prueba, y el premio era de dos piezas de plata por cada uno y una recompensa de cuatro puntos.

"Queda la mitad del tiempo," informó el coronel Cao desde la barra.

A pesar de sentir ganas de escoger la Prueba de los Espejos, por su carácter ilusorio, Song sospechaba que confiar demasiado en sus ojos para guiar al Decimotercero a través de una prueba sería un error. Con cuidado, apartó el clavo que sostenía una hoja de la Prueba de la Contienda y la volvió a colocar después, dirigiendo una mirada de desdén a la chica a su lado que simplemente arrancó su recompensa.

Con la recompensa reclamada, Song pensó que le quedaba algo de tiempo y avanzó entre los murmullos del grupo hacia la parte del muro que no eran tablillas.

Era todo mapas y listas, y una de ellas había llamado su atención antes: una disposición detallada del número de estudiantes en la Scholomance, en total y por pacto. Leí, que había cuatrocientos tres estudiantes. Algún acuerdo debió haberse hecho entre la Academia y el Gremio del Akelarre, que recomendaba sesenta cada uno, mientras que los Skiritai encabezaban con setenta y cinco, en una cifra que impresionaba. Las tres sociedades de la Universidad tenían cada una cincuenta y cinco estudiantes, seguramente en un equilibrio simétrico, y la Krypteia—

Tinta difusa y la nota 'no te preocupes por ello' escrita en caracteres insulsamente torpes en chino mandarín. Todo parecía un gesto inútil, pensó Song, considerando que una simple resta revelaba que los estudiantes de la Máscara sumaban cuarenta y tres.

"¿Te sorprendería saber que una de las recompensas de la Academia trata de descubrir quién sigue haciendo eso?"

Song se giró hacia la fuente de la voz, encontrándose con un rostro algo familiar: la hermosa Malani que había hablado con Sebastián Camarón en el Viejo Teatro. Ahora que podía oír la voz, notó que su Antigua tenía un acento diferente al de Angharad. Entonces, no era una Pereduri.

“Parece más una demostración de poder por parte de las Máscaras que un sabotaje genuino,” respondió Song.

“Como si la Krypteia no fuera ya lo suficientemente temida,” bromeó la otra mujer, luego negó con la cabeza. “Pero olvido quién soy —Capitana Imani Langa, Onceava Brigada.”

La sonrisa de la Capitán Imani, al ofrecer su mano para estrecharla, resultó ser perfectamente desconcertante, pensó Song. Y tan ensayada que hacía que sus propios dientes dolieran.

“Capitana Song Ren, Decimotercera Brigada,” respondió, estrechándola.

“Debo confesar que ya estaba al tanto de eso,” dijo la capitán Imani. “Me despertó curiosidad tras conocer a una de tus cabalistas.”

Tras fallar en cautivar a Angharad, quiso decir.

“¿Y ahora tu curiosidad está saciada?” preguntó Song con indiferencia.

“Para nada,” replicó la capitán Imani. “Eres una mujer interesante, señorita Ren. Me complacería que cenáramos alguna vez—quizá en este comedor bajo nuestros pies. Yo invito.”

Seguramente no sería la de Song: ella estaba dolorosamente consciente del estado financiero de su brigada. Antes de poder siquiera considerar una respuesta, un chasquido de un reloj cerrándose cortó el bullicio y el coronel Cao les ordenó volver a sus asientos. Imani Langa sonrió y dobló la cabeza en señal de cortesía, que Song correspondió.

Esa cortesía no incluía dejar de revisar el contrato de la otra capitán mientras se alejaba.

La Tianxi no tuvo mucho tiempo, así que buscó las frases que más destacaban. Cuando logró apartar la mirada y volver a su asiento, encontró que era un contrato bastante sutil. La ventaja de Imani Langa era saber cuándo estaban observándola o escuchándola, y desde qué dirección. Parecía un contrato más propio para un espía o un diplomático que para un oficial, pensó, pero luego recordó que también los espías y diplomáticos necesitan comandantes. Solo unos momentos después de que Song se sentara en su lugar anterior —fue de las últimas—, la colona barrió la sala con la mirada.

“Bueno, parece que nadie aquí es un fracaso tan colosal que no haya podido escoger una recompensa en el tiempo asignado,” dijo. “Perfecto.”

Hubo una pausa, luego un parpadeo del pulgar abrió de nuevo su reloj.

“En el servicio, cuando se trata de la Guardia, no es común que la misión que recibes sea tan sencilla como parece. Felicidades, ahora tienen cinco minutos para intercambiar recompensas con

otra persona.”

Vuelta al caos, pero Song simplemente ladeó la cabeza. Ferranda, sentada en el sofá cercano, se inclinó y aclaró su garganta como si pidiera permiso. La Tianxi inclinó su recompensa hacia la infanzona, dándole una mirada a su contenido, y la infanzona hizo lo mismo. Ferranda había aceptado la sugerencia y reclamado una recompensa Skiritai—y frunció el ceño al ver la de Song. No parecía entusiasmada con la idea de someterse a un juicio.

“Cámbiame aunque sea,” dijo Song.

La ceja de la infanzona se levantó.

“¿Por qué?”

“Porque la coronel nunca dijo que no pudiéramos devolverlas,” respondió Song.

Se escuchó un sorpresa entre la mujer que estaba junto a Ferranda, quien debía haber estado escuchando su conversación. La capitana de la Trigésima Primera bufó, luego asintió con decisión. Intercambiaron las recompensas, esperaron un instante, y luego las devolvieron.

Las otras dos chicas en el sofá ahora susurraban emocionadas y lanzaban miradas impresionadas a Song — ella se enderezó con orgullo. Una de ellas se inclinaba hacia otra silla, hablando en voz baja, y ya se extendían los rumores. La distracción fue tanta que casi no notó el acercamiento de la coronel. Casi. Song cruzó las manos sobre su regazo, encontró la mirada de la mujer mayor, y ella soltó una risita.

"Se necesitó inteligencia para atraparlo," dijo el Coronel Cao.

Fue un esfuerzo no sonreír.

"Pero una chica sabia habría guardado silencio."

Song se tensó. De repente, los susurros impresionados desde el sofá parecían una condena, incluso mientras se extendían a los vecinos. Ah, comprendió. Había sido otra prueba, y ella había entregado la respuesta.

"Espero que al menos media docena de ustedes hayan llegado a esa conclusión," dijo suavemente el coronel. "Solo uno fue lo suficientemente tonto como para divulgarlo."

La anciana Tianxi miró alrededor de la sala, viendo cómo el error de Song se extendía como una mancha de tinta sobre papel blanco, y suspiró.

"El caldo está echado a perder," dijo, sacudiendo la cabeza, luego elevó la voz. "¡Alonso, trae la pizarra!"

El hombre con uniforme detrás del mostrador dio unos pasos a la izquierda, luego levantó una gran pizarra. Estaba apoyada contra la pared tras el mostrador, lo suficientemente alta para que todos

la vieran.

"Trabajen en su propio tiempo," instruyó el coronel Cao a los estudiantes. "Continuamos adelante."

Song casi se estremeció. La mano en el cincel. El coronel se retiró al mostrador, pero solo para sentarse; la bebida ya estaba vacía hacía tiempo.

"Las primaras tardes de la semana se dedicarán a una clase aquí, en las Galerías, donde intentaré impregnar en sus mentes los conocimientos básicos necesarios para operar en Vesper en nuestro nombre: logística, administración y organización. A diferencia de lo que algunos puedan pensar, no tengo la intención de profundizar en las rencillas que lamentablemente abundan en nuestro orden."

Sus ojos se entrecerraron.

"Vengo aquí para enseñar a oficiales de campo, no a segundos de esquema mediocre."

El coronel Cao se reclinó y agitó su copa hacia el sirviente — parecía Alonso — y el hombre diligentemente la llenó con la misma botella.

"A menos que uno de ustedes demuestre ser terriblemente malo en todos los aspectos, esas clases no afectarán su colocación en Scholomance," continuó. "No creo que sean, en definitiva, lo más importante que debe estudiar un Registrador."

El coronel tomó un sorbo de su bebida.

"Han visto las recompensas y las bonificaciones por ellas," dijo. "Hay dos monedas en juego: oro y puntos."

Los susurros no se propagaron — no tenía la presencia que invitaba a eso — pero varias orejas se agudizaron. Parecía que toda la multitud se inclinaba hacia adelante.

"El primero no necesita explicación, pero el segundo será lo que determinará si permanecen un segundo año," dijo el Coronel Cao.

El silencio que siguió fue particularmente profundo.

"Cada recomendación de la Academia será evaluada en una escala que va hasta cien," explicó la coronel. "Cada vez que su banda complete una recompensa, su puntuación en esa escala subirá en consecuencia. Cada vez que su banda fracase en cumplirla, su total bajará en la misma medida."

Elevó un dedo.

"Y en algún lugar de esa escala de cien está la línea en la arena que deben cruzar para poder continuar en Scholomance el segundo año," dijo el Coronel Cao. "¿Es cincuenta? ¿Es setenta? Solo yo lo sé. La única certeza que tienen es que la línea es la misma para todos."

Se encogió de hombros.

"También otorgaré y descontaré puntos a individuos según vea conveniente, dependiendo de si logran impresionar o horrificarme. Hablando de eso."

El coronel dejó su copa y aclaró su garganta.

"Tenemos nuestro primer goleador del año, Alonso," dijo el coronel Cao.

El estómago de Song se contrajo de repente.

"Song Ren, negativo uno," instruyó el coronel. "Por haber fallado en aprovechar correctamente una oportunidad; ella no dejó que el público descubriera su truco por completo ni lo ocultó para su propio beneficio, encontrando lo peor de ambos mundos."

No permitió que se hundiera en el sillón ni que desviara la vista hacia el suelo. Sería una debilidad, y en Scholomance no se perdonan las debilidades. Pero Song no pudo contener del todo el rubor de la humillación, incluso mientras sentía cómo brotaban sonrisas desaprobatorias a su alrededor. Alonso escribió su nombre con tiza y añadió ese vergonzoso número detrás.

"Bueno, las apuestas ya han comenzado oficialmente," dijo el coronel Cao. "Así que déjenme hacerles la pregunta que quizás sea la más importante de su carrera."

El dedo de Song se apretó. Quizás si respondía correctamente...

"¿Para qué sirve realmente la academia?" preguntó Chunhua Cao.

--

"Aquí," dijo Tristan, pasando la nota y la moneda de cobre con ella. "¿Recuerdas la descripción?"

"Me hiciste repetirla dos veces," respondió Arabella, poniendo los ojos en blanco.

Debería funcionar, pensó. Había dado a entender que quizás querría volver a usar sus servicios, así que la chica no sería demasiado propensa a simplemente coger la moneda de cobre y huir. Sería dejar pasar futuras oportunidades con monedas de cobre.

"Hasta la próxima, entonces," dijo el ladrón, asintiendo con la cabeza.

La niña echó una risita burlona, pero sonreía. Había sido un día provechoso para ella. Tristan se alejó, ajustándose el cuello del abrigo, mientras Fortuna caminaba a su lado. Ahora venía la parte delicada: debía calcular el tiempo justo para que todo encajara en el lugar que deseaba. Tristan dejó la calle Templeward y se adentró en callejones más pequeños al este, que corrían en paralelo, donde habría menos ojos, y se dirigió rápidamente hacia la calle detrás de la casa del capitán Wen.

Era un callejón sin salida, estrecho y que conducía hasta la alta muralla de la vivienda, pero poseía ambas cosas que necesitaba: los bienes que había escondido y una fácil escalada hacia la casa a la

derecha de su cliente. La pared trasera era antigua y estaba mal conservada, llena de agujeros y ladrillos sueltos. Guardando la jarra, Tristan trepó y se deslizó por la ventana sin persiana. El interior de la casa olía a humedad y el techo se estaba pudriendo, pero había comprobado antes que la mayor parte del suelo de madera estaba seca.

Por eso, cuando vertió medio jarrón de aceite, encendió un fósforo y lo arrojó, toda la estructura empezó a arder.

Cidrió la jarra de aceite y salió con rapidez por la ventana, escondiendo el aceite detrás de un barril roto y las cerillas junto a él. Luego, mientras el incendio comenzaba a expandirse y el humo salía por las ventanas, rodeó el callejón trasero y se colocó en un pasaje lateral para esperar y observar cómo el sargento Mandisa salía apresuradamente por la puerta principal, medio vestida pero completamente armada, y entraba en la casa en llamas.

Esa era su oportunidad.

El ladrón atravesó la puerta abierta y se dirigió directamente a la habitación que había marcado como la de el capitán Wen, caminando con suficiente soltura para que, incluso si alguien lo veía, no pensara demasiado en ello.

La puerta de Wen no tenía cerradura, no era una casa lo suficientemente elegante para merecer ese lujo, así que simplemente entró y cerró la puerta tras de sí, antes de pedirle en silencio a Fortuna que permaneciera vigilando al otro lado. Ella se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban con interés: eso le daba una excusa para mirar el fuego. Siempre le habían gustado esas cosas.

La habitación del capitán Wen era bastante espaciosa, pero aún así parecía estrecha por el desorden: cada estante estaba lleno hasta el borde, la cama sin hacer y apilamientos de libros en el suelo. El escritorio en la esquina parecía su mejor oportunidad, pero los papeles apilados en él no eran lo que Tristan buscaba. Sin embargo, había un cajón. Cerrado con llave.

Hubiera llevado demasiado tiempo buscar la llave, suponiendo que incluso estuviera aquí, así que el ladrón se arrodilló y sacó sus herramientas. Era una cerradura de presión, barata pero sencilla, y en cuestión de momentos logró abrirla sin dificultad. Afuera, podía oír al sargento Mandisa gritar, tratando de organizar una cadena de agua para apagar el incendio, lo que significaba que el tiempo se agotaba. Guardó sus herramientas y abrió el cajón. Papeles, tantos que casi no pudo abrirlo.

Muchos eran cartas, correspondencia privada de Wen, pero en el fondo había una serie de viejos contratos —la mayoría con nombres que sonaban a Azteca— y cuatro fajos de papel prolijamente ordenados. Estaban los expedientes, no solo los suyos, sino también los del resto de la cofradía. Cinco páginas cada uno. Sacó las suyas. La primera página estaba casi llena, con su nombre y el de sus padres, su apariencia física y lo poco que la Guardia conocía de sus orígenes.

El hecho de que incluso supieran esto significaba que Abuela les había proporcionado información, aunque notó que marcaron a su padre como cellista en lugar de violinista.

La segunda hoja era una evaluación de sus habilidades, que parecía haber sido escrita en parte por su maestro y luego corregida con comentarios sobre su desempeño en el Dominio. Le hizo gracia ver que, en general, sus habilidades de sigilo y su capacidad para leer a los demás eran muy elogiadas, pero que se señalaba que “hablaba demasiado” —la opinión de Wen, supuestamente— y que se observaba que era físicamente deficiente en confrontaciones directas.

Basta.

La tercera hoja trataba sobre su contrato, que le alegró ver que en gran medida era una especulación. Aunque parecía que la Guardia había acertado en señalar que la telequinesis que usaba a veces como disfraz no era su verdadera habilidad, la suposición más destacada era que había hecho un pacto con un dios menor de la Gama para poder volverse extremadamente preciso en cortos intervalos —los ejemplos mencionados fueron su milagroso lanzamiento del trozo de cuarzo rhadamantino y cómo había sobrevivido a pasar por la habitación mecánica mortal en el Fuerte Viejo.

Haber evitado a Abuela como la peste le había permitido mantener ese secreto en secreto, un beneficio inesperado.

La cuarta hoja, para su sorpresa, estaba vacía. El encabezado mencionaba que la recomendación que lo hizo ingresar en Scholomance debía formar parte de la página, pero solo había una línea tachada y nada más. Raro. Pero no había tiempo que perder, así que rápidamente pasó a la quinta. Era, prometedoramente, titulada ‘Elementos de interés’. Y era una especie de inventario, aunque no de lo que uno podría esperar.

Resentimiento contra la Casa Cerdan debido a la implicación de su padre en el taller de investigaciones prohibidas conocido como ‘La Teogonía’, dirigido principalmente a apilar contratos y la creación de un Santo estable.

Sus dedos se apretaron. ¿Un Santo estable —eso era lo que aquel objeto colgado en cadenas doradas pretendía ser? Su mente todavía temblaba al recordar esa silueta, pero ¿fue un éxito o un fracaso?

Se sospechaba que había asesinado a un ayudante de Cerdan en el Dominio de las Cosas Perdidas, Cozme Aflor. El cuerpo fue encontrado con quemaduras por veneno similares a un uso inventivo de un frasco de dosis. Sospecha de participación en la muerte de un primo menor de Cerdan, Remund Cerdan.

Así que al final habían encontrado el cuerpo de Cozme. No había logrado escapar tan limpio como pensaba.

Dos informantes confirmaron que el contacto parecía tener una intensidad inusualmente fuerte, pero un ente de segundo orden en relación con el patrón fue claramente descartado. Se requiere confirmación sobre si él fue un sujeto de la Theogony.

Sus cejas se levantaron. No tenía idea de qué podría ser un ente de segundo orden, por lo que no pudo responder a eso, pero sólo en una ocasión estuvo cerca de los horrores de la Theogony y en

ese momento ningún dedo se le había puesto encima. Sin embargo, ya se había mencionado la extrañeza de su relación con Fortuna, y parecía que eso llevaba a la Guardia a conclusiones erróneas. Revisó unos cuantos informes más hasta que su mirada se detuvo en el último, la adición más reciente.

Se ha establecido una recompensa informal por su cabeza. La Oficial Nerei presentó una queja oficial contra la Biblioteca de Marfil, acusándolos de intentar secuestrar a un miembro de la Guardia con fines experimentales. No se ha aportado evidencia concluyente y la Biblioteca niega las acusaciones.

Y una nota breve debajo.

Por orden del Lord Asher, no se permitirá ninguna interferencia en este asunto.

Tristán tarareó. Asher. Había oído ese nombre antes, mencionado de pasada por Hage. Parecía ser un miembro de alto rango de la Krypteia. Al menos ahora tenía un nombre para su enemigo: la Biblioteca de Marfil. El nombre merecía investigarse. Guardó su expediente y luego dudó.

“Fortuna”, susurró.

Ella apareció en su cabeza por la puerta.

“¿Cómo va todo?”

“Han notado que el fuego no se extenderá, pero aún están luchando por apagarlo”, dijo ella.

“Dicen que la guarnición ya va en camino. Mejor dale unos minutos”.

Eso no fue mucho tiempo, pero bastó para husmear en otros secretos ajenos. ¿Quiénes? Maryam le diría lo que quisiera en su debido momento, así que su expediente quedó apartado, pero optó por echar un vistazo rápido a la quinta hoja de los otros dos. Y, ¡oh!, qué lectura tan interesante resultó ser.

Primero Tredegar, que era el más cercano.

Gwydion Tredegar—su padre, supo al volver a la primera hoja—fue reportado en dos ocasiones ante la Guardia por negociaciones deliberadamente maliciosas y fue declarado inocente tras investigaciones. Los testimonios de Osian Tredegar lo señalaban como posible gran sacerdote de un dios del Libro Verde.

Es importante saberlo: “negociaciones deliberadamente maliciosas” era un delito por pactar con un dios con la intención de causar daño a los humanos, lo cual era ilegal según los Pactos de Iscariot. Es muy posible que el padre de Angharad Tredegar hubiera dejado un dios cuidando de ella. ¿Sería así como sobrevivió a Brun y Yaretzi en el Dominio? Eso explicaría muchas cosas.

El fragmento que alcanzó a leer de la hoja de Song resultó aún más intrigante.

El resentimiento gestalt de las Repúblicas está en proceso de dar nacimiento a un dios maldito dirigido contra la línea de sangre de los Ren. Requiere purgas regulares en Gloam y hay informes de abortos espontáneos y enfermedades crecientes en la familia. Se debe monitorear estrechamente la salud para determinar avances.

Entonces, Song estaba maldito y cada vez más. Pero antes de que pudiera dedicarle un segundo pensamiento, Fortuna volvió a aparecer.

“La guarnición ya llegó”, dijo. “Y parece que Wen también”.

Entonces, era momento de poner fin a esto. Guardó los expedientes, pero un crujido repentino le hizo sobresaltarse, y un latido después comprendió que se trataba del colapso de la casa incendiada en la vivienda de al lado. Aún había dejado caer parte del expediente de Maryam y su ojo captó un fragmento de una frase—hija de Izolda Cernik—antes de desviar la mirada, con parte de su atención aún en el peligro. Guardó los papeles, cerró el cajón y se levantó.

Él no se escabulló de la casa, sino que salió directamente por la puerta principal donde todos podían verlo. ¿Por qué debería esconderse, cuando la única voz que importaba iba a cubrir su huida?

Tardó un momento en ser notado, porque en ese instante ocurría una acalorada discusión. El capitán Wen, sorprendentemente privado de un bocadillo, se burlaba de una mujer alta y delgada mientras una docena de soldados y Mandisa observaban. La desconocida se parecía a Lierganen, con cabello oscuro y una nariz prominente. A menos que Tristan hubiera juzgado gravemente mal la situación, esa era Dionora Casal, patrocinadora del Cuadragésimo Noveno Círculo y antigua enemistad de Wen Duan. Un manto negro estaba a su lado, separado del resto, y no dejaba de winzar cada pocos momentos, mientras los patrulleros dirigían miradas poco amigables en su dirección. Oh, ella había traído una testigo. Eso era aún mejor.

Dionora fue la primera en notarlo.

—Ahí está —dijo triunfante—. Te dije que ese pequeño cabrón rondaba por aquí. Debe ser el responsable de —

—Tristan Abrascal está aquí —interrumpió Wen— porque lo cité como su patrocinador. Tenía rumores preocupantes que quería compartir conmigo, y le pedí que investigara.

El ladrón no miró al sargento Mandisa; eso habría delatado el juego, pero tras un parpadeo en el que ella no dijo nada, sus hombros se relajaron. Bien, apostar a que ella seguiría las indicaciones de Wen había sido la estrategia correcta. Con eso y sabiendo que el sargento Hotl no admitirá haber sido sobornado, mucho menos en dos ocasiones, la pista quedó limpia. Wen sonrió, la alegría profana tras sus gafas rivalizaba con la de cualquier diablo.

—Informe, soldado —ordenó.

Tristan se acercó, con el rostro completamente serio, y saludó.

—Señor —dijo—. Vigilé desde una casa cercana y presencié el incidente: Dionora Cazal y un hombre con un manto negro entraron en un callejón trasero, portando una vasija de aceite. Unos minutos después, salieron y se ocultaron.

—Mentiroso —susurró la mujer.

Su cómplice ocultaba el rostro entre las manos. La sonrisa de Wen se ensanchó, mostrando cada vez más dientes.

—Como ya explicaba, teniente, recibí una advertencia de que Dionora podría estar intentando prenderle fuego a mi hogar como represalia por agravios pasados y porque mi círculo superaba claramente al suyo —dijo el imponente Tianxi—. Parece que la hemos atrapado con las manos en la masa.

Entonces Wen los había enviado a revisar el callejón donde Tristan había previsto que lo estarían esperando para atraparlo. Otro elemento encajando en su lugar, justo en el momento indicado. El oficial al que Wen dirigía la mirada, un hombre someshwari con ojos casi tan pálidos como Tupoc, hizo girar la lengua en señal de desaprobación.

—El testimonio del muchacho no basta, Capitán Wen —respondió—. Él mismo está siendo acusado de intentar robarle.

—Tristan Abrascal es un joven honesto y confiable, teniente Pazal —mintió Wen sin un atisbo de duda—. Jamás haría tal cosa.

El ladrón aclaró su garganta, recibiendo una mirada del teniente. Puso cara de sinceridad.

—No los vi salir con la vasija de aceite, señor —dijo—. Es posible que la hayan dejado atrás.

—Eso podría considerarse una prueba —concedió el teniente Pazal—. Ustedes, busquen en el callejón trasero. El resto, quédense aquí.

El azteca parecía reacio a entablar conversación, aunque eso no importaba mucho, con Wen acercándose al ladrón, como si quisiese consolarlo, pasando un brazo por su hombro y dando unos pasos hacia atrás. Tristan habría odiado aquel roce aunque fuese suave, cosa que no lo era.

—¿Y? —preguntó el Capitán Wen.

—Puse la vasija en el callejón —susurró el ladrón.

El Tianxi lo liberó, lanzándole una mirada de desprecio hacia el rival que los miraba con odio.

—Bien.

Hubo una pausa.

—¿Cómo supiste? —preguntó Wen—. Quiero decir, ¿que ella tendría a alguien en la cárcel o en la detención?

Porque hablas su nombre como si lo hubieras gritado —pensó Tristan—, y ese tipo de odio no es una enredadera que crece solo en un lado de la cerca. Dionora Cazal querría saber en cuanto alguien del Décimo Tercero tuviera problemas otra vez, y el sargento era la opción más evidente para comprar.

—Nadie tan malo en las cartas como el Sargento Hotl va a rechazar un soborno —dijo en su lugar, lo que provocó una risita del Tianxi.

—No creo —dijo Wen—, que me puedas contar por qué has planeado todo esto.

Tristan levantó una ceja.

—Por la misma razón por la que elegiste llevarnos al Quimérico en tu primer día, en primer lugar —respondió.

Wen sonrió sin decir nada. Esa introducción había sido un regalo para el viejo, aunque en aquel momento no parecía así y aún era sutil. Observaron cómo los guardias que el teniente Pazal había enviado al callejón salieron cargando una vasija de aceite medio vacía. Dionora empezó a gritar enfadada, diciendo que era un montaje, y en efecto lo era. Aunque eso no la iba a ayudar.

—Sabes, cuando teníamos solo unos pocos años más que tú, ella se enteró de que el olor a vainilla me produce náuseas —declaró en tono distante el Capitán Wen, fijando sus ojos en ella—. Durante un mes, horneó panecillos de vainilla frescos todos los días, y se sentaba a la ventisca de mi dirección en cada clase.

Eso era, admitió Tristan, sorprendentemente mezquino.

—Hoy —decidió el gran Tianxi cuando arrestaron a su rival—, es un buen día.

Era un día bueno, coincidió Tristan. Porque, aunque Wen acabara por descubrir que el ladrón había invadido sus papeles, que toda esa secuencia —chantajear a Dionora Cazal con un mensaje que insinuaba que podría atraparlo robando a su propio benefactor a plena vista, y luego pagarle a Arabella para que esperara en la calle por la ruta de Wen, de modo que pudiera detenerse en medio y decir que sabía de un plan de incendio en marcha, mientras Tristan vigilaba — había sido una tapadera, no importaba.

Por esa sonrisa imperturbable en el rostro de Wen Duan, su patrocinador consideraría ese desacato como un acuerdo justo de todos modos.

Faltaron otros diez minutos para que Tristan pudiera marcharse, pero al comenzar a regresar al Quimérico, lo hizo con paso ligero y decidido.